



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

**Avatares de la constitución del saber ante el rechazo de la alienación
significante en el autismo infantil**

Modalidad de presentación: Ensayo.

Autora: Berghella, Luisina.

Legajo: B-5845/9.

DNI: 42557900.

Docente responsable: Scrinzi, Mariana.

Docente del espacio TIF: Eyra, Mauro.

ÍNDICE

1. RESUMEN Y PALABRAS CLAVES.....	1
2. INTRODUCCIÓN.....	2
3. DESARROLLO.....	4
3.1 Un saber sin falta: invenciones autísticas más allá del significante.....	4
3.2 Un cuerpo no significativo, pero sí pulsional	7
3.3 Ética de la singularidad: lo que enseñan los testimonios	10
4. REFLEXIONES FINALES	15
5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	17

1. RESUMEN Y PALABRAS CLAVES

El presente ensayo aborda la especificidad del saber en el autismo infantil desde una lectura lacaniana y postlacaniana, considerando el rechazo estructural de la alienación significativa y la forclusión del agujero como operaciones fundantes de esta modalidad subjetiva. Lejos de concebir el autismo como un déficit o trastorno del desarrollo, se analiza cómo los sujetos autistas producen invenciones singulares -sostenidos en el objeto autista, doble real, islotes de competencia y/o las repeticiones pulsionales- que permiten estabilizar el cuerpo y construir un saber-hacer fuera de la lógica del Otro. A través del diálogo con autores como Lacan, Maleval, Álvarez Bayón, Lefort, Laurent, entre otros, así como mediante la lectura de casos clínicos y testimoniales, se propone pensar una clínica que no imponga la normalización, sino que acoja estas invenciones como formas legítimas de subjetivación y de invenciones de saber.

Palabras claves: autismo - saber - rechazo de la alienación significativa.

2. INTRODUCCIÓN

El autismo ha sido objeto de múltiples abordajes a lo largo del tiempo, desde su definición inicial como “autismo infantil precoz” por parte de Leo Kanner en 1943, hasta las clasificaciones actuales dentro de los manuales diagnósticos como el DSM-IV, que lo integran dentro de los Trastornos Generalizados del Desarrollo. Estas perspectivas han contribuido a identificar manifestaciones clínicas específicas como la dificultad en la interacción social, los problemas en la comunicación y la presencia de patrones repetitivos de comportamiento. Sin embargo, más allá de estos criterios descriptivos y conductuales, el psicoanálisis -y particularmente de orientación lacaniana- propone una lectura estructural y subjetiva del fenómeno autista, que permite pensar el autismo no como un déficit, sino como un modo singular de estar y posicionarse en el mundo, una forma específica de estructuración del sujeto y su relación con el lenguaje.

Desde esta perspectiva, el autismo no se comprende como un trastorno del desarrollo, sino como una posición subjetiva extrema que se constituye a partir de un rechazo de la alienación significativa. Es decir, el sujeto autista no se inscribe en el campo del Otro simbólico, donde la constitución subjetiva depende de la entrada en el lenguaje, mediada por la falta y por la relación con el deseo del Otro. En el caso del autismo, esta operación fundante -que implica la alienación significativa como primera identificación en el campo del Otro- es rechazada. No hay inscripción en la cadena significativa, lo cual impide que se constituya un sujeto dividido por el lenguaje y atravesado por el deseo del Otro.

Este rechazo no es simplemente una negativa consciente o voluntaria, sino una operación estructural: se imposibilita la entrada en el circuito significativo debido a un mecanismo fundante: forclusión del agujero. Esta última implica que el agujero simbólico -la falta fundamental que organiza el deseo y permite la emergencia del sujeto- no se constituye. En lugar de abrirse un espacio de falta, que habilite el juego de la metáfora, del deseo, de la demanda, se establece una lógica de cierre, donde el lenguaje no opera como mediación, sino como experiencia directa y muchas veces literal, ligada al goce. El agujero, al no estar simbólicamente inscripto, no organiza la subjetividad, lo cual da lugar a una estructura distinta, donde el cuerpo, el lenguaje y el vínculo con el Otro se organizan de otro modo.

En este sentido, el sujeto autista no se constituye a través de la demanda del Otro ni se ve atravesado por la castración simbólica que inaugura el deseo y el inconsciente como saber no sabido. En lugar de esa lógica de la falta, emerge una lógica del Uno, de la repetición, de la literalidad. El lenguaje, no lo hace como cadena significativa articulada por la metáfora y la metonimia, sino como iteración fija, como serie cerrada, como signo sin ambigüedad. Por esto, el autismo plantea una posición radical respecto al lenguaje y a la

constitución del inconsciente, lo cual permite interrogar de manera novedosa cómo se produce el saber en estos sujetos, un saber que no se articula con el deseo del Otro, sino que se construye desde una lógica propia, directa, ligada al cuerpo y al goce.

El presente ensayo se propone explorar la especificidad en la construcción del saber en el sujeto autista, considerando su estructura particular marcada por el rechazo de la alienación significativa y la forclusión del agujero. Lejos de concebir el autismo como una falla, un déficit o una patología a corregir, se intentará mostrar cómo, desde su singularidad radical, el sujeto autista produce una modalidad de saber propia, consistente y legítima, que requiere ser leída en sus propios términos. Para ello, se articularán los desarrollos teóricos de Jacques Lacan con las elaboraciones contemporáneas de autores como Jean-Claude Maleval, Rosine y Robert Lefort, Jacques-Alain Miller, Éric Laurent, Álvarez Bayón, entre otros, en diálogo con interrogantes y reflexiones que surgen de la experiencia laboral y del recorrido conceptual de quien escribe.

3. DESARROLLO

3.1 Un saber sin falta: invenciones autísticas más allá del significante

En la clínica del autismo, la pregunta por el saber no remite a una carencia en relación con el Otro, ni a una falla comunicacional en sentido tradicional. El saber que se pone en juego en la estructuración autística no se inscribe en la matriz de una falta, sino que se despliega en una lógica propia, en una economía singular del goce. Desde esta perspectiva, es pertinente situar que el autismo se trata de una "estructura de defensa", que se organiza a partir de dos operaciones fundamentales: el rechazo de la alienación significativa (Maleval, 2012) y la forclusión del agujero (Laurent, 2013). Estos dos momentos no solo definen una posición subjetiva particular frente al Otro, sino que también iluminan respecto de cómo se construye un saber que no pasa por la mediación del discurso del Otro.

Para comprender estas operaciones, es necesario partir de la propuesta de Lacan (2009), según la cual la entrada al lenguaje se realiza por la vía de una "insondable decisión del ser". Esta expresión, enigmática pero fundamental, señala que el acceso al campo del Otro -es decir, al orden simbólico del lenguaje- no obedece a una determinación causal lineal, sino a una elección estructural que instala al sujeto en la división propia del ser hablante. Se trata de una decisión que no es consciente ni deliberada, pero que constituye el momento inaugural en el que el ser consiente a ser representado por el significante, aceptando así la pérdida constitutiva que implica toda entrada al lenguaje. En el caso del sujeto autista, esta decisión no se consuma: no consiente a dejarse capturar por la palabra del Otro, resistiendo así a la alienación que daría lugar a la emergencia del sujeto dividido. Sin embargo, este rechazo no implica una ausencia rotunda de lenguaje, sino una posición distinta frente a él. Es decir, no se niega al uso de palabras, sino a ingresar en la estructura del lazo social que implica un lugar asignado por el Otro. En este sentido, Tendlarz y Álvarez (2013) enuncian que "el rechazo de la alienación produce un modo de constitución del sujeto, el "ser vacío del sujeto", que no está dividido por el lenguaje" (p. 51-52), lo cual no refiere a una carencia de subjetividad, sino a una modalidad diferente de constitución subjetiva.

Entonces, desde la perspectiva lacaniana, el autismo no sería aprehensible como un trastorno del desarrollo ni como una simple disfunción del lenguaje, sino como una estructura subjetiva singular, marcada por una relación distinta con el Otro, el cuerpo, el lenguaje y, en consecuencia, con el saber. Un saber que no debe entenderse en términos de adquisición ni de déficit, sino en función de cómo el sujeto autista organiza su mundo interno, se defiende del goce invasivo y se relaciona con lo real.

Esta posición se encuentra íntimamente relacionada con el concepto de *lalengua*, tal como Lacan lo introduce y desarrolla en su *Seminario 20: Aún* (1972-1973). A diferencia del lenguaje como sistema estructurado de significantes, regido además por la gramática y la sintaxis, *lalengua* designa la dimensión más opaca y material del lenguaje, allí donde este se confunde con el cuerpo y con el goce. Maleval (2013) enuncia que “Lacan llama la ‘lalengua’, vocablo forjado por derivación del término *laleo*, con el fin de designar una materialidad significativa separada de toda significación y de toda intención de comunicación” (p. 81). En este sentido, *lalengua* no es aquello que se habla, sino aquello que afecta al hablante, y el lenguaje aparece como un intento de organizar, domesticar o incluso evacuar el goce que la *lalengua* imprime sobre el cuerpo. Lacan (2022) afirma que “*lalengua* sirve para otras cosas muy diferentes de la comunicación” (p. 166), y que no es el instrumento del intercambio simbólico sino el depósito de los equívocos y los efectos de sentido que el cuerpo padece sin mediación.

En el caso del sujeto autista, esta operación de evacuación del goce no se produce. Al no consumarse la alienación significativa, el lenguaje no logra operar como mediación simbólica que module el goce. En cambio, el sujeto autista queda invadido por la *lalengua*, sin la posibilidad de inscribir sus marcas en una cadena significativa compartida con el Otro. De allí que los modos de decir en el autismo -como la ecolalia, las estereotipias fónicas, los neologismos, las literalidades extremas o la repetición monótona de sonidos o frases- no deban leerse como signos de déficit lingüístico, sino como formas singulares de hacer con *lalengua*. Son, en efecto, invenciones de borde, modos de producir una interfaz entre el cuerpo y el goce, un intento de delimitar el exceso pulsional que *lalengua* produce en soledad.

Este uso autístico del lenguaje se caracteriza por su función autorreferencial y su goce solitario, desvinculado del lazo social. El lenguaje no está al servicio del intercambio, sino que se transforma en una herramienta corporal, repetitiva y gozosa, que permite organizar un mundo propio. Así, *lalengua* no se transforma en *la langue* (lenguaje) del Otro: no se inscribe en la red de significantes que posibilitaría la división subjetiva y el deseo, sino que permanece encapsulada, dando lugar a un uso privado del lenguaje, más próximo al cuerpo que al código. En este sentido, el fenómeno no es patológico en términos deficitarios, sino estructural: se trata de una forma de subjetivación que no recurre al significativo sino a la invención de bordes que permitan habitar el mundo sin quedar desbordado por el goce.

La forclusión del agujero, como la reformula Laurent (2013), introduce una nueva clave para entender esta relación. No se trata aquí de la forclusión del “Nombre del Padre”, significativo primordial, sino de la exclusión del agujero mismo que permitiría articular la falta. Esta ausencia impide la instauración del significativo de la castración y deja al sujeto

frente a un goce que no está velado ni ordenado por el Otro. En efecto, el cuerpo no aparece perforado por el significante, sino recubierto por un goce en exceso, el cual se vuelve entonces una problemática a abordar. Allí, el sujeto autista responde inventando un borde, en el intento de suplir ese agujero que no se produce como consecuencia de la forclusión: se trata de lo que Maleval (2012) denomina como "neoborde", una invención singular destinada a encapsular el goce.

Este llamado "encapsulamiento autista" no debe interpretarse simplemente como un fenómeno de aislamiento o retraimiento social. Más allá de su apariencia conductual, se trata de una operación subjetiva fundamental que permite al sujeto autista resguardarse de la invasión del goce proveniente del Otro. Esta operación se articula en torno a un objeto específico que muchas veces acompaña al sujeto: el objeto autista. A diferencia del objeto transicional descrito por Winnicott -el cual funciona como mediador entre la realidad interna y externa en la constitución del yo-, el objeto autista no media, sino que delimita. Actúa como un operador de borde, en tanto constituye una prolongación del cuerpo, un soporte material que permite al sujeto mantener una consistencia corporal y subjetiva frente a la amenaza que representa la intrusión del Otro.

En este sentido, no se trata de un simple objeto de apego sino de un objeto que participa activamente en la construcción de una economía de goce singular. Su función no es facilitar la apertura al Otro, sino, por el contrario, sostener una organización cerrada, autorreferencial y repetitiva que permite al sujeto autista habitar el mundo sin quedar capturado por los efectos perturbadores de la demanda o del significante del Otro.

Por otro lado, el doble real es una figura conceptual elaborada para dar cuenta de una invención subjetiva frecuente en el autismo. No se trata de una identificación especular ni de una instancia simbólica, sino de una presencia, ya sea interna o externa, que funciona como un reflejo sin alteridad, una figura estabilizadora que permite al sujeto organizar su experiencia frente al goce no mediado por el Otro. Este doble puede adoptar múltiples formas (persona, personaje, voz, objeto, imagen, etc) y actúa como un neoborde, es decir, como un recurso singular que encapsula el goce, sostiene la identidad y regula el cuerpo sin pasar por la alienación significativa. Lejos de ser una formación delirante o patológica, el doble real constituye una invención clínica válida, una operación subjetiva que no representa al sujeto ante el Otro, sino que lo acompaña en una lógica cerrada. Su eficacia no radica en producir sentido, sino en ofrecer una consistencia mínima que permita sostener una existencia sin quedar capturado por la intrusión del deseo del Otro.

Esta organización se refleja también en los llamados "islotes de competencia", saberes hiper-especializados, meticulosamente ordenados, que el sujeto autista construye como respuesta singular a su relación con el lenguaje. Lejos de ser un saber sin sentido, estos islotes condensan una lógica propia, muchas veces cifrada o restringida, que se

sostiene en la iteración del Uno. Este "Uno que itera" no se enlaza con otros significantes para formar una cadena, sino que se repite sin alteridad, sin dialéctica, en una pura insistencia. Lo esencial de estos saberes no es su contenido, sino su función subjetiva: sirven como una defensa frente al goce intrusivo, como un anclaje que permite al sujeto sostener su cuerpo y su lugar en el mundo.

En este sentido, es posible pensar que tanto la elección del objeto autista, como el doble real y los islotes de competencia funcionan como defensas subjetivas que el sujeto autista erige para protegerse del encuentro invasivo con el goce y con el Otro. Dichas repeticiones constituyen verdaderas invenciones que permiten al sujeto organizar su mundo y establecer una relación posible con el lenguaje, el cuerpo y el entorno. Se trata de una operación de cierre, de recorte, que permite al sujeto sostenerse en una cierta estabilidad frente a un goce sin mediación simbólica. Por lo tanto, estas defensas no deben ser vistas como obstáculos a eliminar, sino como formaciones valiosas que expresan un "saber hacer" con el goce, y cuya lógica es preciso respetar en el abordaje clínico, para no poner en riesgo el precario equilibrio que han logrado construir.

En suma, el saber en el autismo no se funda en la relación con el Otro simbólico, sino en una relación directa con *lalengua*, con el goce que retorna sobre el cuerpo. Frente a la imposibilidad de ser representado por el significante, el sujeto autista inventa una serie de soluciones singulares: desde la ecolalia hasta los sistemas clasificatorios, desde los objetos autistas hasta las competencias enciclopedistas, etc. Estas invenciones no son productos fallidos o sin sentido, sino modos precisos de bordear el agujero, de construir un saber sin falta. En esta lógica, el saber no se transmite ni se recibe: se construye como defensa, como borde frente al goce, como invención singular que permite localizar lo real.

En este sentido, el autismo no implica una carencia de subjetividad, sino otra modalidad de existencia. Y en esa modalidad, el saber no se transmite, se inventa. Un saber en suspensión, en el borde de *lalengua*, que repite, resiste y organiza el mundo a su manera.

3.2 Un cuerpo no significativo, pero sí pulsional

A partir de todo lo expuesto anteriormente, se habilitan una serie de interrogantes fundamentales: ¿qué recorrido pulsional se despliega en el autismo partiendo del rechazo a la alienación significativa?, ¿qué cuerpo se piensa en el autismo como efecto del no pasaje por la identificación al significante y al Otro?, y a partir de allí, ¿cómo pensar en un cuerpo pulsional que permita elaborar un saber?

Para abordar estas preguntas, es preciso considerar que desde la lectura de Lacan, el cuerpo no es el organismo biológico, sino una construcción que se articula a través de los registros simbólico, imaginario y real. El cuerpo se constituye como un efecto de

discurso, un montaje que resulta del anudamiento entre el goce, el significante y la imagen. En este sentido, no nacemos con un cuerpo determinado de antemano, sino que es adquirido a través del pasaje por ciertos procesos subjetivos, entre ellos y de manera central, el estadio del espejo.

Lacan (2009) sostiene que el cuerpo se constituye a partir de una fragmentación originaria, la cual es organizada y unificada por la imagen especular:

El hecho de que su imagen especular sea asumida jubilosamente por el ser sumido todavía en la impotencia motriz y la dependencia de la lactancia que es el hombrerito en ese estadio infans, nos parecerá por lo tanto que manifiesta, en una situación ejemplar, la matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (p. 100).

Este momento imaginario permite que el sujeto se identifique con una forma totalizada que compensa la vivencia disgregada del cuerpo. Pero, esa unidad es ficticia: está sostenida por la mirada del Otro y anudada al orden simbólico a través del significante fálico y del Nombre-del-Padre.

En otras palabras, el cuerpo propio se construye en la interfaz entre la imagen especular (registro imaginario), la significación del Otro (registro simbólico), y lo real del goce, que no se deja simbolizar (registro real). Sin el anudamiento de estos tres registros, el cuerpo puede desintegrarse, desorganizarse o presentarse como invadido por un goce sin límites.

En el autismo, el registro imaginario no opera de dicha manera. Específicamente, la imagen especular no se anuda al significante del Otro, ya que hay un rechazo de la alienación significativa, y por lo tanto, no se produce la identificación unificante del estadio del espejo. Esto significa que la imagen corporal no funciona como soporte estable de una unidad del yo. El sujeto autista no queda capturado por la mirada del Otro ni por el llamado a identificarse con una imagen ofrecida desde afuera. Por tanto, el cuerpo no se totaliza, no se unifica imaginariamente, y puede presentarse como fragmentado o invadido por zonas de goce no reguladas.

Esto implica que el cuerpo en el autismo no se constituye como totalidad imaginaria ni como soporte de una falta simbolizada. No obstante, lejos de tratarse de un cuerpo vacío o desorganizado, el cuerpo del sujeto autista se presenta intensamente investido pulsionalmente, aunque por fuera de las coordenadas de la demanda del Otro. Es un cuerpo que se goza de manera autoerótica, sin mediación simbólica. En términos de Tendlarz y Álvarez (2013) “la estrategia del sujeto autista consiste en armar un encapsulamiento, un borde que funcione a la manera de un cuerpo” (p. 97).

En este contexto, los recorridos pulsionales en el autismo no se articulan en torno al deseo del Otro, sino que giran en torno a montajes sensoriales, rítmicos, visuales, auditivos o táctiles que permiten al sujeto organizar un orden singular del goce. Las estereotipias, ecolalias, el intenso interés por ciertos objetos, entre otras conductas, no son simples comportamientos sin sentido, sino formas inventadas de localización del goce en un circuito propio. Se trata de estabilizaciones del cuerpo que permiten una cierta relación con el mundo, sin pasar por la simbolización.

A partir de esto, se vuelve necesario repensar el concepto de cuerpo en el autismo, ya que se trata de un cuerpo pulsional entendido como superficie de inscripción de marcas de goce no reguladas por el Otro. El mismo se organiza en torno a objetos parciales no significados: por ejemplo, un brillo, una textura, una repetición motriz, un eco sonoro, etc. Objetos que anclan el goce en la repetición, que estabilizan un cuerpo desbordado, no desde la ley simbólica, sino desde la invención sintomática.

En consecuencia, el saber en el autismo no se estructura como saber inconsciente a ser interpretado, sino como un saber-hacer con el cuerpo y sus bordes. El cuerpo pulsional deviene soporte de un saber no simbólico, sino práctico, topológico, sensorial. Dicho saber-hacer se construye como una invención singular, una suerte de bricolaje con objetos, imágenes, sonidos, rutinas.

Este saber no apunta entonces a descifrar el deseo del Otro, sino a construir un modo de estar en el mundo donde el cuerpo se ordene por una lógica singular basada en la repetición de formas sensoriales, trayectorias de goce delimitadas, que ofrecen cierto margen de maniobra frente al exceso pulsional. No se trata de un saber orientado hacia la verdad, sino hacia la eficacia de estabilizar el cuerpo.

Es un cuerpo afectado directamente por la lengua -ese modo de gozar del lenguaje antes de ser ordenado por el significante-, que se encarna como sonido, ritmo, intensidad. Si no hay agujero, no hay lugar para el deseo del Otro ni para su demanda. Lo que queda es un cuerpo lleno de goce, sin corte, sin velo, sin regulación.

En este punto, resulta fundamental considerar que este saber no se reduce a lo táctil o motriz, sino que puede implicar un uso sofisticado de las pulsiones escópica e invocante. El uso reiterativo de imágenes, sonidos o palabras no se limita a una fijación sensorial, sino que constituye una invención que estabiliza el goce visual o auditivo. La repetición de una melodía, la ecolalia o la visualización compulsiva de una secuencia animada puede entenderse como una forma singular de tramitar la pulsión escópica o invocante, fuera del circuito de la significación.

Desde el campo del psicoanálisis, se reconoce que las pulsiones escópica e invocante -mirar y ser mirado, escuchar y ser escuchado- están profundamente ligadas al deseo del Otro, y se inscriben dentro de un circuito atravesado por la castración: la mirada

y la voz se articulan a la lógica del objeto perdido. Pero en el autismo, donde se constata el rechazo a la alienación significativa y la forclusión del agujero simbólico, el circuito pulsional se reconfigura radicalmente.

En efecto, en los sujetos autistas la mirada del Otro no es investida como lugar de deseo. Por el contrario, suele ser evitada, rechazada o ignorada. Esta evitación no debe leerse como déficit, sino como un rechazo a ser capturado por el campo escópico del Otro, a ser constituido como objeto para su deseo. La pulsión escópica no se articula entonces desde el lugar de ser visto, sino desde un montaje visual cerrado, autoorganizado: contemplar formas brillantes, u objetos específicos, fijarse en patrones repetitivos, construir arreglos visuales propios, etc. Como indica Éric Laurent (2013), se trata de una mirada que no retorna desde el campo del Otro, sino de un régimen visual cerrado.

Lo mismo puede decirse de la pulsión invocante. La voz del Otro no es reconocida como portadora de sentido o de demanda, sino como fuente de perturbación o intrusión. En cambio, ciertos sonidos, ritmos o palabras repetidas adquieren valor de objeto de goce. La ecolalia, por ejemplo, no cumple una función comunicativa, sino de autoafirmación rítmica. Como sostiene Álvarez (2020), “ (...) el lenguaje queda detenido en su estado nodal, primitivo y sonoro, y por lo tanto no pasa a articularse a la cadena significativa” (p. 58).

En este marco, es posible pensar que el uso clínico de imágenes (dibujos, pictogramas, dispositivos visuales) o de soportes sonoros (canciones, repeticiones, vocalizaciones) puede concebirse no como técnica educativa, sino como posibilidad de bordear lo pulsional desde las invenciones del sujeto. Son formas de organizar la pulsión escópica e invocante fuera de la lógica del deseo del Otro, allí donde no hay corte ni falta, pero donde sí puede haber un saber singular, encarnado en el cuerpo y sus objetos.

Así, la clínica con el autismo invita a abandonar las categorías deficitarias y a pensar una ética del acompañamiento que reconozca la singularidad de estas invenciones y las sostenga en su lógica propia, sin forzar su inscripción en un lazo al Otro que ha sido estructuralmente rechazado.

3.3 Ética de la singularidad: lo que enseñan los testimonios

Luego de haber desplegado los fundamentos teóricos que permiten pensar una lógica del saber en el autismo organizada por fuera del campo del Otro, el presente apartado propone mostrar cómo dicha lógica puede encarnarse en experiencias concretas. A través del análisis de casos singulares, se buscará evidenciar cómo ciertos sujetos, en contextos clínicos, testimoniales o incluso ficcionales, hacen uso de invenciones que les permiten sostener una relación con el cuerpo, el goce y el lenguaje sin estar atravesados por la inscripción simbólica de la falta. No se trata, sin embargo, de establecer modelos ejemplares ni de reducir la complejidad del autismo a figuras individuales; por el contrario,

la referencia a estos casos pretende poner en acto conceptos teóricos desarrollados previamente, respetando la singularidad de cada modalidad subjetiva.

Lejos de toda aspiración normalizadora, el abordaje clínico del psicoanálisis permite leer estas respuestas subjetivas no como síntomas de déficit, sino como saberes contruidos por fuera del lazo social normativo, testimoniando de una posición ética que reconoce en el sujeto autista una capacidad singular de invención frente a lo real.

Donna Williams: del encierro sensorial a la invención de una voz y un nombre propio

“Es una historia sobre aprender a construir algún lugar a partir de ningún lugar y un alguien a partir de un nadie” (Williams, 2012, p. 7).

En *Nadie en ningún lugar*, su primer libro autobiográfico, Donna Williams (2015) testimoniaba el encierro radical que había marcado su infancia: una experiencia de escisión sensorial y emocional tan extrema que el contacto con el mundo sólo era posible a través de mediaciones defensivas. Allí, se narraba a sí misma como una “cosa”, como “nadie”, habitando un espacio donde no había lugar ni palabra para sí. Ese “nadie” no implicaba la ausencia de subjetividad, sino su relegación a un plano de subsistencia mínima, protegida tras múltiples barreras perceptivas e identitarias. En ese estado, el Otro no operaba como lugar de interpelación, sino como amenaza; y lo corporal aparecía desanudado, sin trama que lo sostuviera.

El testimonio de Donna Williams constituye, así, un ejemplo paradigmático para pensar cómo el rechazo de la alienación significativa, lejos de suprimir toda posibilidad de subjetividad, da lugar a modos singulares de invención que sostienen al sujeto frente al goce desbordado. En *Alguien en algún lugar* (2012), Williams describe su infancia como un tiempo en que vivía escindida entre un mundo hostil e invasivo y un refugio interior donde se protegía mediante dos figuras psíquicas imaginarias, Willie y Carol, ambas actuando como “doble real”. Estas construcciones subjetivas le permitieron mantener una defensa frente al contacto con el Otro y su palabra, vivida como una amenaza constante: “Willie se convirtió en mi refugio y en mi escape, en un modo de aliviar la sobrecarga sin expresarme” (p. 20).

Lo que en una primera lectura podría entenderse como alucinación o disociación, desde una perspectiva estructural puede pensarse como una invención frente a la ausencia de un borde significativo que haga de corte al goce. Durante más de veinte años, Donna permaneció protegida por esta estrategia defensiva, hasta que, confrontada con el sufrimiento de otros sujetos autistas en contextos escolares, algo de esa estructura comenzó a resquebrajarse. En ese punto, surge la posibilidad de un viraje subjetivo: el pasaje de la protección imaginaria a la producción de una voz propia.

Mi despertar al mundo fue el amanecer de mi propia integración interior. Ya no necesitaba a Willie y a Carol, necesitaba a Donna. Me despedí de los personajes que me habían sostenido por tanto tiempo y di la bienvenida a mi propia persona, a la que quería conocer mejor. (p. 21).

Por esta vía, observamos cómo la palabra no opera como significante que nombra y divide, sino como ruido opaco, intrusivo, bajo el registro de la lengua, del que sólo puede defenderse mediante un retiro sensorial y la construcción de personajes interiores: “el autismo había estado ahí antes que las palabras, así que el noventa y nueve por ciento del repertorio verbal era una colección guardada de definiciones literales del diccionario y frases almacenadas” (p. 15). Sin embargo, será justamente desde ese resto sonoro, desde la musicalidad y la escritura, que Williams inventa una voz propia. Esa invención no la introduce en el lazo social normativo, pero sí le permite sostenerse subjetivamente en un borde entre el cuerpo y el lenguaje.

Este pasaje de la protección imaginaria a la producción de una voz propia no se da por una integración al lenguaje del Otro, sino por el establecimiento de un borde distinto, una forma de hacer con lo real desde sus propios recursos. La escritura, la música y el dibujo se convierten en dispositivos de anudamiento, modos de tratamiento del cuerpo, de la mirada y de la voz que, lejos de buscar comunicar o significar, permiten hacer existir una consistencia corporal y un tiempo subjetivo.

Así, el desplazamiento de *nadie* a *alguien* no implica una superación del autismo, sino una transformación subjetiva que se produce a través de sus invenciones: un movimiento desde el absoluto repliegue hacia la invención de bordes que permiten cierto anudamiento. Esta transición supone no tanto una apertura al mundo exterior sino una reorganización interior que le permite producir consistencia donde antes había puro desborde o disolución. No se trata de una integración simbólica, sino de una afirmación singular desde la lengua, el cuerpo y la escritura.

Desde el marco teórico desarrollado en los puntos anteriores, puede leerse que la escritura en Donna no se articula como efecto del significante Amo, sino como una práctica pulsional que hace borde frente al agujero forcluido. Se establece una decisión subjetiva que permite un cierto hacer con el goce. Así, Williams no entra al lenguaje desde la alienación al Otro, sino que inventa un borde propio en el que su voz comienza a tener lugar. En sus palabras se reconoce la estructura del silencio autista, pero también la potencia de una subjetividad que no consiente a ser reducida a su mutismo. Su testimonio revela que incluso donde parece haber silencio, encierro o extrañeza, hay un saber que se gesta, un borde que se inventa, y un sujeto que se afirma, no en el deseo del Otro, sino en su propia voz.

Hikari Oé: la música como escritura del cuerpo

La historia de vida de Hikari Oé, constituye otro interesante testimonio de un saber que no pasa por la mediación del Otro, pero que encuentra en la música un borde consistente. Desde sus primeros años, Hikari presentaba un cuerpo profundamente afectado por una hidrocefalia congénita, con daños neurológicos severos, epilepsia y manifestaciones autistas. Según relatan sus padres, el niño no respondía a estímulos sociales ni producía lenguaje oral. Sin embargo, una escena aparentemente menor marcaría un giro decisivo: su madre nota que responde al canto de los pájaros.

Este pequeño signo es leído no como un dato accidental sino como una vía de acceso a un mundo posible. A partir de allí, se inicia un trabajo sostenido que, sin violentar su lógica subjetiva, acompaña la emergencia de una relación con lo sonoro. Con el tiempo, Hikari desarrolla una sensibilidad musical extraordinaria, comienza a componer piezas originales y logra sostener una existencia a través del ritmo, el timbre y la armonía. No se trata de una expresión de sentimientos reprimidos ni de una forma de simbolizar afectos no dichos a través de la proyección de los mismos. La música, en su caso, no representa: organiza, y condensa un uso de la lengua no como fuente de sentido, sino como materialidad sonora que permite construir un anudamiento singular. Su práctica musical, meticulosa, repetitiva y formal, no busca el reconocimiento del Otro, sino que funciona como un neoborde: una invención subjetiva que estabiliza un cuerpo sin corte, sin agujero simbólico. Así, la composición no se inscribe en el campo del deseo o de la metáfora, sino en una lógica pulsional donde el saber se construye como un saber-hacer con el sonido, con la repetición, con el ritmo. Lejos de tratarse de un talento compensatorio, la música en Hikari es un modo de habitar el mundo, un uso singular de la pulsión invocante que da consistencia al cuerpo y permite la existencia.

Hikari fue componiendo breves piezas en ese lenguaje, que pulía y pulía con obsesión autista hasta lograr poner en ellas su relación emocional y sensorial con el mundo, desde la muerte de un maestro querido hasta un día en el campo con sus hermanos. (Forn, 2015).

Así, la composición musical no es un talento precoz ni una habilidad compensatoria, sino una práctica subjetiva que anuda cuerpo, goce y saber.

Desde la teoría lacaniana, puede pensarse que este tipo de invención se inscribe en una lógica de la pulsión más que del deseo. No se trata de un deseo dirigido al Otro, sino de un circuito pulsional que hace lazo por fuera del lenguaje compartido. En este sentido, Hikari no comunica a través de la música: habita el mundo desde ella. Su modo de estar en lo simbólico es singular, y su saber se construye como una topología del sonido, una forma de vida que no necesita pasar por la alienación significativa para existir como tal.

La lógica del "preferiría no hacerlo": Bartleby y el saber sin Otro

El personaje de Bartleby, el escribiente, analizado por Vilma Coccoz (2021), ofrece otra figura paradigmática para pensar una modalidad de subjetividad que, si bien no se nombra como autista, puede leerse en resonancia con ciertas coordenadas e indicadores estructurales del autismo tal como lo aborda el psicoanálisis. La frase que lo caracteriza, "preferiría no hacerlo", condensa una posición subjetiva que no se deja capturar por la demanda del Otro ni por la lógica del intercambio simbólico. Se trata de "alguien que, debido a una insondable decisión del ser, prefiere no hablar según sus reglas" (Coccoz, 2021, p. 213).

Su negativa, lejos de ser un gesto caprichoso o reactivo, se sostiene con una calma inquietante que descoloca al abogado narrador, quien representa el discurso del amo: el que organiza, administra y espera que las cosas funcionen. Bartleby, por el contrario, encarna una radical disidencia frente a ese discurso, una elección de retirada que no encuentra su sentido en el lenguaje compartido. Su respuesta no es una negación directa, sino una formulación que suspende el acto, lo difiere y lo congela, tal como la palabra en el autismo puede aparecer congelada o extrañada. En este sentido, Coccoz señala que su frase marca una "posición acantonada en la palabra", un uso mínimo, repetitivo, sin dialéctica. Esta fórmula funciona como borde frente a la intrusión del Otro y puede leerse como un modo de saber-hacer singular con lo real, donde el cuerpo, el goce y la palabra no están articulados por la vía del significante fálico.

La disposición del espacio en la oficina -Bartleby colocado detrás de un biombo, aislado pero al alcance de la voz del abogado- revela una intuición anticipada de la necesidad de limitar la intrusión, de respetar un régimen de soledad habitada que organiza su modo de estar en el mundo. En esta figura se encarna algo de la forclusión del agujero: Bartleby no responde a las significaciones del Otro, ni en clave de súplica ni de obediencia; su existencia parece sostenida en una lógica propia, impermeable al lazo social tal como está instituido. Su rechazo progresivo a copiar, a hablar, a habitar el mundo, culmina en una renuncia radical que lo lleva a su silenciosa extinción, sin estallido, sin palabras finales, como si su estar fuera ya una forma de desaparición. Lo que Coccoz subraya, y que resulta crucial para pensar el saber en el autismo, es que esta radical oposición al discurso del amo no debe ser leída como falta de humanidad, sino como el gesto de un sujeto cuya decisión insondable impide reducirlo a un "no querer", y que tal vez, como tantos autistas, ha inventado una posición singular frente a lo insoportable del Otro. En este sentido, Bartleby no representa una figura del déficit, sino una afirmación silenciosa de una lógica distinta, una que desafía las coordenadas del sentido común y que interpela, como lo hace el autismo, las formas establecidas del lazo, la palabra y el saber.

4. REFLEXIONES FINALES

Desde la perspectiva del psicoanálisis, y particularmente del lacaniano, el saber no es sin el Otro. Está implicado en la estructura del inconsciente, que Lacan define como “estructurado como un lenguaje”, es decir, regido por leyes de condensación y desplazamiento, o metáfora y metonimia, como también por la lógica significante y por la falta que lo sostiene. En este marco, el saber inconsciente se articula con el deseo del Otro, produciéndose como efecto del signifiante y permaneciendo como un saber no sabido: un saber que se ignora pero que se manifiesta en las formaciones del inconsciente: actos, síntomas, sueños, lapsus.

Ahora bien, en el caso del autismo, se produce una ruptura radical de esta lógica. La forclusión del agujero y el rechazo de la alienación signifiante impiden la constitución de un sujeto dividido por el lenguaje y, con ello, la producción de un saber inconsciente en sentido clásico. En su lugar, aparece un saber que no se funda en la falta, sino en la repetición del Uno, en la literalidad, en el borde construido frente al goce sin mediación. Se trata entonces de un *saber-hacer*, una invención singular que estabiliza el cuerpo y permite un modo de estar en el mundo.

Estas invenciones, como se ha desarrollado a lo largo del escrito, no deben ser pensadas como compensaciones ni como déficits, sino como respuestas subjetivas a una condición estructural: la forclusión del agujero. Se trata de un saber sin inscripción simbólica, pero no por eso inexistente. Por el contrario, como se ve en los testimonios analizados, el sujeto autista puede construir saberes altamente elaborados, precisos, iterativos, anclados en la repetición del Uno y no en la dialéctica de la falta.

En este punto, es posible afirmar que el saber en el autismo tensiona las nociones clásicas del psicoanálisis: ya no se trata de interpretar, de descifrar un mensaje en clave, sino de acompañar una producción singular que bordea el goce y que, en muchos casos, permite una estabilización subjetiva. Estos saberes no se articulan al deseo del Otro, sino que responden a una necesidad de organización frente a un cuerpo sin corte. Son saberes que se encarnan en lo visual, lo sonoro, lo rítmico; que se despliegan en la escritura, la música, las repeticiones o los objetos; que no apuntan a una verdad, sino a una eficacia de estabilizar al sujeto frente a lo real que lo asedia.

El psicoanálisis, en lugar de buscar una integración forzada del sujeto autista en la norma simbólica, propone acoger estas invenciones, reconocer su función vital y, cuando es posible, acompañarlas en su despliegue. Esta ética de la singularidad implica no forzar la entrada del sujeto en el lenguaje del Otro, sino abrir espacios donde su saber pueda sostenerse y encontrar resonancia. Como señala Maleval (2012), no se trata de hacer

hablar al sujeto autista como los otros, sino de escuchar lo que su silencio, su objeto o su repetición tienen para decirnos, siendo testimonio de una subjetividad plena.

En esta tensión entre el saber como inconsciente articulado por la falta y el saber autístico como invención de borde, se abre un campo clínico y ético decisivo: el de sostener, respetar y acompañar el saber del sujeto en su propia lengua, en su modo de gozar y de habitar el mundo. Esto requiere una gran sutileza en el lazo, una ética del cuidado que evite irrumpir bruscamente en su economía libidinal o desbaratar las defensas que ha erigido para sostenerse como sujeto, resguardando aquello que le permite habitar su singularidad sin colapsar. Sin reducirlo a un déficit, sin obligarlo a responder al llamado del Otro, respetando el “preferiría no hacerlo”.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álvarez Bayón, P. (2020). *El autismo, entre “lalengua” y la letra: Perspectivas para el tratamiento analítico*. Grama Ediciones.

Coccoz, V. (2021). *Nuevas formas del malestar en la cultura*. Grama Ediciones.

Forn, J. (30 de octubre de 2015). *El jardín de los Oé*. Página12.

<https://www.pagina12.com.ar/diario/contratapa/13-284977-2015-10-30.html>

Lacan, J. (2022). *El seminario. Libro 20: Aún*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2009). *Acerca de la causalidad psíquica*. En *Escritos 1* (pp. 151-190). México: Siglo XXI Editores.

Laurent, É. (2013). *La batalla del autismo: de la clínica a la política*. Grama Ediciones.

Maleval, J.-C. (2012). *El autista y su voz*. Madrid: Gredos.

Tendlarz, S., & Álvarez, P. (2013). *¿Qué es el autismo? Infancia y psicoanálisis*. Colección Diva.

Williams, D. (2012). *Alguien en algún lugar. Diario de una victoria contra el autismo*. Barcelona: Ned ediciones.

Williams, D. (2015). *Nadie en ningún lugar. La historia extraordinaria de una autista desde su infancia hasta su juventud*. Barcelona: Ned ediciones.